

Son á mis ojos vanidad, son nada.  
 Y si la causa del desprecio quieres  
 Saber con que las miro, sigue ahora  
 Mi vela que los céfiros impelen,  
 Y ven á este teatro donde el mundo  
 Algun dia pasó, donde el desierto  
 Sobre el borrado imperio hora florece,  
 Entre las sepulturas de los dioses,  
 De los héroes y sabios, tres escenas  
 Tan solo á ver y á contemplar tres noches.

Acababa yo apénas de ausentarme  
 Del suelo cuyo estruendo á gran distancia  
 Acosa sobre el mar al pasajero:  
 De esa Europa decrepita do todo  
 Cruje, y se desmorona y lucha; en donde  
 Dos opuestos espíritus se arrojan  
 Templos y tronos, leyes y costumbres,  
 Con su perpetua lid abriendo paso  
 A la mente de Dios, que aun no penetran.  
 Mi nave que invisible mano impele  
 Por la mar espumante resbalaba.  
 Doce veces el sol teñido habia  
 De púrpura y de oro el Occidente,  
 Y doce, como un águila de fuego,  
 Su velo desde Oriente habia lanzado.  
 Los palos y las velas de mi nave  
 Duermen; muerde la arena el ancla aguda,  
 ¡Y en Aténas estoy!

Era la hora  
 En que esa gran ciudad, en otros tiempos  
 Tan bulliciosa, del descanso breve  
 De la nocturna oscuridad saliendo,  
 Ya gloriosa, ya infame, se llenaba  
 De inmensa muchedumbre, semejante  
 Del revuelto oceano á la marea.  
 Distintas ambiciones impulsaban  
 A unos á la virtud, á otros al crimen.  
 Pericles iba al foro; á las riberas  
 Temístocles; los héroes á las armas,  
 Al Pórtico filósofos y sabios.  
 Arístides y Sócrates, el uno  
 Al ostracismo y á la muerte el otro,  
 Mientras se agita el pueblo á la ventura  
 Hoy criminal, mañana arrepentido.  
 Al pié del Partenon que un turco guarda,  
 A la naciente luz tiende la vista.

Del alto Citeron parte la aurora;  
 De cien peladas cumbres el contorno  
 Su luz va á herir, resbala en sus laderas,  
 Y de Iliso se estiende hasta los mares,  
 Sin que ningun objeto la colore,  
 O en el mar, ó en los campos la refleje,  
 Ni fúlgidas ciudades á lo léjos,  
 Ni al aura matinal humo ondeante,  
 Ni chozas en las faldas de los montes,  
 Ni una flor, ni en las aguas una barca.

La luz sobre aquel suelo estéril, muerto,  
 Sin rebatar en él tambien cae muerta:  
 Solo el mas alto rayo de la aurora  
 Hiere el soberbio Partenon, y luego  
 Por sus negras almenas resbalando,  
 Donde duerme el genízaro tendido  
 Con la pipa en la mano, cual si fuera  
 A llorar la cornisa destruida,  
 Va á morir sobre el templo de Teseo!  
 Dos destellos de luz en dos ruinas  
 Es todo cuanto hoy dice: "Allí está Aténas!"

6 de agosto 1832, en alta mar.

El 6 á medio dia, divisamos bajo las blancas nubes del horizonte las desiguales cimas de los montes de Grecia; el cielo estaba pálido y gris como sobre el Támesis ó el Sena en el mes de Octubre; una borrasca rasga, en el Poniente, la negra cortina de nieblas que arrastra sobre el mar;—estalla el trueno, brotan los relámpagos, y una seria b. i. sa de Sudeste nos trae la frescura y la humedad de nuestros vientos lluviosos de otoño.

El huracan nos arroja fuera de nuestro rumbo y nos hallamos muy cerca de la costa de Navarino; distinguimos los dos islotes que cierran la entrada de

su puerto y la hermosa montaña de dos cumbres que corona á Navarino. Allí fué donde el cañon de Europa gritó no ha mucho tiempo á la Grecia resucitada: la Grecia ha respondido mal; emancipada del poder de los turcos por el heroismo de sus hijos y por la asistencia de la Europa, ahora es víctima de sus propios furores: ha derramado la sangre de Capo de Istria, que habia consagrado su vida á su causa: el asesinato de uno de sus primeros ciudadanos abre mal una era de resurreccion y de virtud. Es doloroso que el pensamiento de un gran crimen sea uno de los primeros que asaltan el ánimo á la vista de aquel suelo, adonde se va á buscar imágenes de patriotismo y de gloria.

A medida que se acerca el buque al golfo de Modon, las costas del Peloponeso se destacan y se articulan, saliendo de la flotante niebla que las rodea. Aquellas orillas, de que los viajeros hablan con desprecio, me parecen, por el contrario, perfectamente dibujadas por la naturaleza, pues presentan grandes cortes de montañas y una graciosa ondulacion de líneas: trabajo me cuesta desprender de ellas mis ojos. La escena está vacía, pero llena de lo pasado; la memoria lo puebla todo. Ese grupo negruzco de collados, de cabos, de valles, que la vista abarca desde aquí en su conjunto, como una pequeña isla sobre el océano, y que no es mas que un punto en el mapa, ha pro-

ducido él solo mas ruido, mas gloria, mas esplendor, mas virtudes y mas crímenes que continentes enteros. Ese monton de islas y de montañas, de donde salian casi á la vez Milciades, Leónidas, Trasíbulo, Epaminondas, Demóstenes, Alcibiades, Pericles, Platon, Aristides, Sócrates, Fídias; ese suelo que devoraba los ejércitos de dos millones de hombres de Xerjes, que enviaba sus colonias á Bisanccio, á Asia, á Africa; que creaba ó renovaba las artes del espíritu y las de la mano, y las elevaba en siglo y medio á aquel punto de perfeccion en que llegan á ser tipos y no se pasa mas allá; aquel suelo, cuya historia es nuestra historia, cuyo Olimpo es todavía el cielo de nuestra imaginacion; aquel suelo de donde tendieron su vuelo la filosofia y la poesía hácia lo restante del globo, y adonde vuelven sin cesar, como criaturas á su cuna, ahí está! Cada nueva ola me impele hácia él: ya le toco. Su aparicion me conmueve profundamente, mucho ménos sin embargo de lo que me conmoviera si todos esos recuerdos no estuvieran ajados en mi pensamiento á fuerza de haber pasado y repasado por mi memoria ántes de que los comprendiese mi mente. La Grecia es para mí como un libro cuyas bellezas están desvirtuadas para nosotros, porque nos le hacen leer ántes de poder comprenderle.

No todo, empero, está desencantado; todavía queda para todos esos grandes nombres algun eco

en mi corazon: un no-sé qué de dulce, de santo, de perfumado, sube con esos horizontes á mi alma, y doy gracias á Dios por haber visto en mi paso por la tierra, ese pais *de los hacedores de grandes cosas*, como llamaba Epaminondas á su patria.

Durante toda mi juventud he deseado hacer lo que hago, ver lo que veo: un deseo satisfecho en fin, es una felicidad. Siento á la vista de esos horizontes en que tantas veces he pensado, lo que toda mi vida he sentido con la posesion de todo lo que he deseado ardientemente,—un placer sereno y contemplativo que se replega en sí mismo; un reposo del espíritu y del alma que se paran un momento, que se dicen:—parémonos aquí y goce-mos; pero en el fondo esos placeres del espíritu y de la imaginacion son muy frios. No es esa la felicidad del alma; esta no reside mas que en el amor humano ó divino, siempre en el amor.

La misma fecha, por la tarde,

Navegamos deliciosamente con un viento favorable que nos impele entre el cabo Matapan y la isla de Cérigo.

Un pirata griego se acerca á nosotros miéntras la fragata está á algunas leguas en alta mar, persiguiendo á un buque sospechoso. El bergantin griego no dista de nosotros mas que 120 brazas;

todos subimos à cubierta y nos preparamos al combate; se cargan los cañones, se cubre el puente de fusiles y pistolas. El capitán intima al comandante del bergantín griego que se retire; este, viendo veinticinco hombres bien armados en nuestro puente, se decide à no aventurar el abordage. Se aleja, vuelve segunda vez y casi toea à nuestro buque; vamos à hacer fuego, pero se retira, y por espacio de un cuarto de hora se queda à cosa de un tiro de pistola: asegura que es, como nosotros, un buque mercante que vuelve al Archipiélago. Observo su tripulación; en mi vida he visto caras en que el crimen, el asesinato y el pillage estuviesen escritos en caracteres mas horribles. Se ven quince ó veinte bandoleros, unos en traje albanès, otros con harapos de vestimentas europeas, sentados, tendidos ú ocupados à bordo en la faena: todos están armados de pistolas y de cuchillos, en cuyos mangos relucen einceladuras de plata. Se ve una lumbrada sobre el puente, donde dos viejas están cociendo pescado; una muchacha de quince à diez y seis años aparece de cuando en cuando entre aquellas mugeres,—figura celestial, aparicion angélica en medio de aquellas fachas infernales. Una de las viejas la empuja muchas veces al entrepuente, adonde baja llorando; suscítase una quimera, à la cuenta por este motivo, entre algunos marineros. Veo desenvainar y blandir dos cuchillos; el capitán, que está fumando indolentemente su pipa reclinado so-

bre la barra del timón, se precipita entre los dos facinerosos y tira à uno al suelo; todo se sosiega; la muchacha griega sube à cubierta, enjuga sus ojos con las largas trenzas de su cabello y se sienta al pié del palo mayor. Una de las viejas se arrodilla detras de ella y peina la larga melena de la muchacha. El viento refresca: el pirata griego endereza el rumbo hácia Cérigo; en un momento se cubre de velas, y pronto no es mas que un punto blanco en el horizonte.

Nos ponemos en facha para aguardar la fragata, que dispara un cañonazo para avisarnos: al cabo de pocas horas, se reúne con nosotros. El pirata griego, à quien perseguia, se le ha escapado, entrando en una de aquellas ensenadas inaccesibles de la costa, donde siempre se refugian en semejantes casos.

El mismo dia, à las 11.

Siempre que una fuerte impresion conmueve mi alma, experimento la necesidad de decir, de escribir à alguno lo que siento, de hallar en alguna parte una repetición de mi alegría, un eco de lo que me ha herido. El sentimiento aislado no es completo; el hombre ha sido creado doble.

¡Ah! cuando tiendo ahora la vista en derredor de

mí, encuentro ya mucho vacío. Julia y Mariana (1) lo llenan todo ellas solas, pero Julia es todavía tan niña que no le digo mas que lo que está al alcance de su edad. Ella es todo el porvenir, y pronto será todo el presente para nosotros; pero lo pasado ¿dónde está ya?

La persona que mas hubiera gozado con mi felicidad en este momento es mi madre: en todo lo que me sucede, favorable ó adverso, mi pensamiento se vuelve involuntariamente hácia ella. Creo oírle, verla, hablarle, escribirle. Una persona de quien uno se acuerda tanto, no está ausente; lo que vive tan completa, tan poderosamente en nosotros, no ha muerto para nosotros. ¡Siempre le reservo su parte, como miéntras vivía, de todas mis impresiones, que tan pronto y tan enteramente se convertían en impresiones tuyas; que se embellecían, se coloraban, se inflamaban en su radiante imaginación, imaginación que siempre tuvo diez y seis años! La busco mentalmente en la modesta y piadosa soledad de Milly, donde nos crió á mí y á mis hermanas, donde pensaba en nosotros miéntras que nos separaban las vicisitudes de mi juventud: la veo aguardando, recibiendo, leyendo, comentando mis cartas, saboreando mas que yo mismo mis impresiones. ¡Vano sueño! ya no está allí; ahora habita el mun-

(1) Madama de Lamartine.

do de las realidades; nuestros sueños fugitivos no son ya nada para ella; pero su espíritu está con nosotros, nos visita, nos sigue, nos protege; *nuestra conversacion está con ella en las regiones eternas.*

Así he perdido ántes de la edad madura la mayor parte de los seres que he amado y que mas me han amado en este mundo. Mi vida amante se ha concentrado, mi corazón no tiene ya mas que algunos corazones para refugiarse; mis recuerdos no tienen ya mas que sepulturas donde posarse sobre la tierra; vivo mas con los muertos que con los vivos; si Dios descargase todavía dos ó tres de esos golpes en derredor de mí, conozco que me desprendería enteramente de mí mismo, porque no me contemplaría ya, no me amaría ya en los demas,—y solo en los demas me es posible amarme.

Cuando era muy jóven me amaba en mí; la infancia es egoísta. Eso era regular entonces, á diez y seis ó diez y ocho años, cuando todavía no me conocía, cuando todavía conocía ménos la vida; pero ahora he vivido demasiado, he conocido demasiado para apegarme á esta forma de existencia que se llama el *yo* humano. ¿Qué es un hombre, Dios mio? ¿Qué miseria es dar la menor importancia á lo que siento, á lo que pienso, á lo que escribo! ¿Qué lugar ocupo en las cosas? ¿Qué vacío dejaré en el mundo? Un vacío de algunos dias en uno ó dos corazones; un

puesto al sol; mi perro que me buscará; algunos árboles quehe amado y que se admirarán de no verme volver bajo su sombra,—¡y nada mas! Y luego todo eso pasará à su vez. No se empieza á sentir la vanidad de la ecsistencia sino desde el dia en que no es ya uno necesario á nadie, desde la hora en que ya no se puede ser querido: la única realidad de este mundo,—siempre me lo ha dicho el corazon—¡es el amor! el amor bajo todas sus formas.

7 de agosto, á las seis de la tarde.

Allí están las elevadas costas de la Laconia, á algunos tiros de cañon de nuestros ojos. Las seguimos impelidos por una fresca brisa, y parece que se deslizan magestuosamente delante de nosotros. Apoyado sobre el antepecho del buque, mis miradas estudian, para retenerlas en la memoria, esas formas clásicas de las montañas de Grecia, que se desarrollan tambien como olas de piedra y de tierra, se alzan, se bajan, se agrupan delante de mí como las nubes de la patria de su alma delante de la mente de Osian. Empleo una ó dos horas en pasar en silencio esa revista de las colinas y de los nombres sonoros de esa tierra muerta. Los montes Cromios, donde nace el Eurotas, lanzan á los aires sus redondeadas cumbres; el disco del sol descendiende sobre ellas y las hiere como cimborios

de cobre dorado; inflama en derredor de sí su lecho de nubes; aquellas cimas aparecen transparentes como el aire que las rodea, y del que cuesta trabajo distinguir las; juraria uno que ve al trasluz el resplandor de otro sol ya puesto, ó la inmensa reverberacion de un incendio lejano.

Una de esas montañas, entre otras, presenta á nuestros ojos la forma de una media luna volcada; parece que se hiende á medida para abrir un sulco aéreo al astro del dia que gira allí entre el polvo de oro del vapor que sube á él. Las crestas mas cercanas que el sol ha traspasado ya, se tiñen de púrpura amorotada ó de color de lila pálido, y nadan en una atmósfera tan rica como la paleta de un pintor; mas cerca de nosotros todavía, otras colinas, cubiertas ya de la sombra de la tarde, parecen vestidas de negras selvas; en fin, las que forman el primer plano, las que casi tocamos con la mano y cuyas faldas lava la espuma del mar, están sumergidas en tinieblas; la vista no distingue en ellas mas que algunas ensenadas donde se refugian los numerosos piratas de estas costas, y algunos promontorios que sostienen, como Nápoli de Malvasia, ciudades ó fortalezas sobre su escarpada cima. Esas montañas, vistas así desde el puente de un buque, á esta hora en que la noche las rodea de sus mil ilusiones de color, son acaso las mas hermosas formas terrestres que ja-

mas han contemplado mis ojos; --y luego el buque flota tan blandamente inclinado como un balcon movedizo sobre el mar, que murmulla acariciando su quilla; el aire está tan tibio y perfumado; las velas espiden tan bellos sonos á cada bocanada de la brisa de la tarde! Casi todo lo que amo está aquí á mi lado, tranquilo, feliz, en seguridad, mirando, gozando conmigo. Julia y su madre están apoyadas junto á mí en los obenques. El rostro de la niña relumbra á todos los aspectos, á todos los nombres, á todos los hechos históricos que su madre le va refiriendo; sus ojos vagan con los nuestros sobre todas esas escenas cuyos maravillosos dramas le son ya conocidos! Hay génio en su mirada; en ella se ve el pensamiento profundo, vivo, caliente, rápido, de un alma que se abre como una flor bajo el alma ardiente y amante de su madre; parece que goza tanto como nosotros, y sobre todo porque nos ve interesados y contentos, porque el alma de esa niña vive de la nuestra; una lágrima se asoma á sus ojos si me ve triste y meditabundo; sus facciones son un reflejo simultáneo de las mías, y la sonrisa de todas nuestras alegrías no espera nunca una sonrisa semejante sobre sus labios. ¡Qué hermosa está así!

Muchas veces he visto, y bajo todos sus aspectos, las montañas de Roma y de la Sabinia; estas las sobrepujan en variedad de grupos, en magestad

de formas, en espléndido brillo de matices: sus líneas son infinitas: se necesitaria un tomo para decir lo que un cuadro diria en una sola mirada, pero para ser vistas en toda su belleza imaginaria, es preciso verlas así al declinar la tarde; entónces se las ve vestidas, como en su juventud, de bosques y verdes praderas, y de cabañas rústicas y de baños y pastores; las sombras las encapotan; no tienen otros vestidos, así como la historia de los hombres que las han ilustrado necesita las nubes de lo pasado y los prestigios de la distancia para cautivar y seducir nuestros pensamientos; nada debe verse á la plena luz del sol, á la claridad de lo presente; en este triste mundo nada es completamente bello mas que lo que es ideal; la ilusion en todas las cosas es un elemento de belleza, escepto en virtud y en amor.

La misma fecha, á las ocho de la noche.

El viento refresca; vogamos con un mar sereno delante de la embocadura de varios golfos: nos acercamos al cabo San Angelo, antiguo cabo Maria; pronto llegaremos á él.

8 de Agosto, por la mañana.

Nos ha faltado el viento: hemos pasado la noche sin avanzar, á corta distancia del cabo Malia.

La misma fecha, á las doce del día.

Una templada brisa nos echa hácia el cabo. La fragata que nos remolca abre delante de nosotros un camino liso y murmurante, por el que volamos sobre sus huellas entre copos de espuma que su quilla hace rebotar huyendo. El capitán Lyons, que conoce aquellas aguas, quiere hacernos disfrutar de la vista del cabo y de las tierras, pasando á cien toesas, cuando mas, de la costa.

En la estremidad del cabo San Angel ó Malia, que avanza mucho en el mar, empieza el estrecho paso que los marinos tímidos evitan, dejando la isla de Cérigo á su izquierda. Ese cabo es el cabo de las tempestades para los marineros griegos: solo los piratas arrostran sus peligros, porque saben que allí no los perseguirán. El viento cae de ese cabo con tanto peso é ímpetu sobre el mar, que muchas veces arroja piedras rodadas de la montaña hasta sobre el puente de los buques.

En la escarpada é inaccesible pendiente de la roca que forma el diente del cabo, diente aguzado por los huracanes y por la espuma de las olas, la casualidad ha suspendido tres peñascos desprendidos de la cima y parados en la mitad de su camino: allí se ven como un nido de aves marinas inclinado sobre el espumante abismo de los mares. Un poco de tierra rojiza, detenida también por aquellas tres desiguales peñas, da raíz á cinco ó seis higueras achaparradas, que penden con sus tortuosos ramos y sus anchas hojas grises sobre la estrechosa sima que ruge girando á sus piés. El ojo no puede divisar ningún sendero, ninguna pendiente practicable por donde pueda llegarse á aquella aislada muestra de vegetación: sin embargo, se distingue una casita baja junto á las higueras, casa gris y sombría como la roca que le sirve de base y con la que se la confunde á primera vista. Encima del techo chato de la casita se alza un pequeño arco ovalado vacío, como encima de la puerta de los conventos de Italia; una campana pende de él; á la derecha se ven unas ruinas antiguas de ladrillos, en que están abiertos tres arcos, que conducen á un terrado que se estiende delante de la casa. Una águila hubiera temido labrar su nido en semejante sitio, sin un tronco de árbol, sin una mata para guarecerse del viento que ruge siempre, del eterno ruido del mar que se estrella en la peña, de su espuma, que lame sin cesar su pálida pared,

bajo un cielo siempre ardiente. ¡Pues bien! un hombre ha hecho lo que la misma ave hubiera osado apenas hacer; un hombre ha elegido ese asilo. Allí vive: nosotros le vimos; es un ermitaño. Doblábamos el cabo tan de cerca que distinguíamos su larga barba blanca, su báculo, su rosario, su capucha de fieltro pardo; semejante à la de los marineros en invierno. Hincóse de rodillas miéntas pasábamos, vuelto de cara al mar, como si hubiera implorado el auxilio del cielo por unos estrangeros desconocidos en aquel peligroso paso. El viento, que se escapa con furor de las gargantas de la Laconia, apénas se ha doblado la roca del cabo, empezaba à resonar en nuestras velas, à cimbrar y hacer titubear los dos buques, y à cubrir el mar de espuma en cuanto alcanzaba la vista. Un nuevo mar se abrió delante de nosotros; el hermitaño subió, para seguirmos mas de léjos con la vista, sobre la cresta de una de las tres peñas, y allí le distinguimos de rodillas é inmóvil, miéntas estuvimos á la vista del cabo.

¿Qué hombre es ese? Preciso es que tenga una alma muy bien templada para haber elegido esa horrible morada; preciso es que tenga un corazon y unos sentidos muy ávidos de fuertes y eternas sensaciones, para vivir en ese nido de buitre, solo, con el horizonte sin límites, los huracanes y los rugidos del mar: su único espectáculo es, de cuando, un buque pasa, los crugidos de los mástiles, la

rasgadura de las velas, el cañonazo de socorro, los clamores de los marineros sin esperanza.

Esas tres higueras, ese pequeño campo inaccesible, ese espectáculo de la lucha convulsiva de los elementos, esas impresiones ásperas, severas, meditativas en el alma, son uno de los sueños de mi infancia y de mi juventud. Por efecto de un instinto que el conocimiento de los hombres ha confirmado con el tiempo, nunca he colocado la ventura mas que en la soledad; solamente que, entónces colocaba en ella el amor, y ahora colocaria el amor, Dios y el pensamiento: ese desierto suspendido entre cielo y el mar, sacudido por el incesante choque de los vientos y de las olas, seria todavía uno de los encantos de mi corazon:—Esa es la actitud del ave de las montañas tocando todavía con el pié la aguda cima de la roca, y batiendo ya las alas para lanzarse mas arriba à las regiones de la luz. No hay ningun hombre bien organizado que no llegase á ser, en semejante morada, ó un santo, ó un gran poeta, uno y otro tal vez.... pero ¡qué recio sacudimiento de la vida no ha eido menester para darme á mí semejantes pensamientos y semejantes deseos! ¡Y para reducir á ese estado á otros hombres que veo en él! Dios lo sabe. Sea de esto lo que fuere, no puede ser un hombre vulgar el que ha sentido la delicia y la necesidad de asirse, como la pendiente enredadera, á las paredes de semejan-

te abismo, y mecerse en ellas durante toda una vida al estruendo de los elementos, á la terrible armonía de las tempestades, solo con su idea delante de la naturaleza y delante de Dios.

La misma fecha.

A algunas leguas del cabo, la mar aparece mas bella. Ligeras embarcaciones griegas, sin puente, y cubiertas de velas, pasan junto á nosotros en los profundos valles de las olas, llenas de mugeres y de niños que van á vender á Hydra canastillos de melones y de uvas. El menor soplo de viento las hace inclinarse sobre la mar hasta bañar en él sus velas. No tienen para defenderse de la marejada mas que un lienzo estirado que eleva algunos piés el bordo espuesto á las olas; muchas veces no las ocultan el agua y la espuma, y luego suben como un corcho flotando en el mar. ¡Qué vida! Esa es la vida de casi todos los griegos; su elemento es el mar; lo mismo juegan en él que el hijo de nuestras aldeas entre las malezas de nuestras montañas. El destino del pais esta escrito por la naturaleza; —es el mar.

La misma fecha.

Ahí estan las lejanas cimas de la isla de Creta que se alzan á nuestra derecha; allí el Ida, cubierto de nieves, que aparece como las altas velas de un buque en el mar.

Entramos en un espacioso golfo, que es el de Argos; navegamos viento en popa con la rapidez de una bandadade gaviotas; las rocas, las montañas, las las islas de las dos orillas huyen como sombrías nubes delante de nosotros. La noche cae, ya vemos el fondo del golfo, y eso que tiene diez leguas de profundidad; los mástiles de las tres escuadras fondeadas delante de Nauplia se dibujan como una selva de invierno sobre el fondo del cielo y de la llanura de Argos. Pronto es completa la oscuridad; brillan varias hogueras en las faldas de las montes y en los bosques, donde los pastores griegos guardan sus rebaños; los buques disparan el cañonazo de la noche. Vemos brillar sucesivamente todas las troneras de esos sesenta buques anclados como las calles de una gran ciudad iluminadas por sus faroles; entramos en ese laberinto de naves, y vamos á anclar, ya enteramente de noche cerrada, cerca de un castillejo que protege la rada de Nauplia enfrente de la ciudad y bajo la sombra del castillo de Palamida.

9 de agosto.

Me levanto con el sol para ver en fin de cerca el golfo de Argos, Nauplia, la capital actual de la Grecia. ¡Triste y completo desengaño! Nauplia es un miserable lugaron, construido en la orilla de un estrecho y profundo golfo, en una márgen de tierra rodeada de las altas montañas que cubren toda esta costa; las casas no tienen ningun carácter extranjero, y todas ofrecen la forma de las mas vulgares habitaciones de los lugares de Francia ó de Saboya. La mayor parte están derruidas, y las tapias derribadas por el cañon de la última guerra, yacen todavía tendidas en medio de los escombros. Dos ó tres casas nuevas, revocadas de colores chillones, se alzan sobre el muelle, y algunos cafés y tiendas de madera avanzan sobre cimientos de estacadas en el mar; esos cafés y esos balcones sobre el agua están cubiertos de algunos centenares de griegos vestidos al uso de su pais, con mucha elegancia, pero muy sucios; están sentados, ó tendidos en las tablas ó en la arena, formando mil grupos pintorescos. Todas las fisonomías son hermosas, pero tristes y feroces; la carga de la ociosidad pesa en todas sus actitudes. La holgazanería de los napolitanos es dulce, serena y

alegre; es la indolente indiferencia de la felicidad; la holgazanería de los griegos es pesada, tétrica y sombría: es un vicio que se castiga á sí mismo. Apartamos los ojos de Nauplia, admiramos la hermosa fortaleza de Palamida, que reina sobre todo la montaña que domina la ciudad; las murallas almenadas se parecen á los dientes de un peñasco natural.

Pero ¿dónde está Argos? Una vasta llanura, estéril y desnuda, cortada por frecuentes pantanos, se extiende y se comba en el fondo del golfo, limitada por todos lados por cordilleras de montañas grises. Al fin de esa llanura, á cosa de dos leguas en el interior de las tierras, se ve un collado que sostiene algunas murallas fortificadas sobre su cima y que protege bajo su sombra una aldea arruinada: esa aldea es Argos. A su lado está el sepulcro de Agamenon. Pero ¿qué me importan Agamenon y su imperio? Esas anticuallas históricas y políticas han perdido el interes de la juventud y de la verdad. Quisiera ver solamente un valle de la Arcadia; prefiero un árbol, un manantial bajo una peña, una adelfa en la orilla de un rio, bajo el ojo derruido de un puente entapizado de parietaria, al monumento de uno de esos reinos clásicos que nada recuerdan ya á mi mente mas que el tedio que me han causado en mi niñez.

10 de agosto.

Hemos pasado dos dias en Nauplia: Julia me inquieta de nuevo, y me detengo todavía algunos dias para aguardar á que esté completamente restablecida; estamos en tierra en un cuarto de una mala posada, enfrente de un cuartel de tropas griegas. Los soldados pasan todo el dia tendidos á la sombra de las tapias arruinadas, en medio de las calles y de las plazas del pueblo; sus trages son lujosos y pintorescos; sus semblantes llevan el sello de la miseria, de la desesperacion y de todas las pasiones feroces que enciende y fomenta la guerra civil en esas almas incultas. La mas complea anarquía reina actualmente en la Morea; cada dia una faccion triunfa de otra, y continuamente oimos los tiros de los Kleftos, de los Colocotroni, que se baten al otro lado del golfo contra las tropas del gobierno. Cada correo que baja de la montaña trae la noticia del incendio de una ciudad, del saqueo de una llanura, de la matanza de una poblacion por uno de los partidos que despedazan su propia patria. No se puede salir de las puertas de Nauplia, sin esponerse al fuego de los insurgentes. El príncipe Karadja tiene la bondad de proponerme una escolta de sus palíkaros para

ir á visitar el sepulcro de Agamenon, y el general Corbet, que manda las tropas francesas, me hace el favor de ofrecerse á añadir á ella un destacamento de sus soldados; pero lo rehuso por no esponer, por una vana curiosidad, la vida de algunos hombres, cosa que nunca me perdonaria.

12 de agosto, 1832.

He asistido esta mañana á una sesion del parlamento griego. La sala es un sotechado de madera; las paredes y el techo son de tablas de pino mal unidas entre sí: los diputados están sentados en bancos al rededor de un terrado de arena, y hablan desde su asiento.

Nos sentamos, para verlos llegar, sobre un monton de piedras, á la puerta de la sala, y van llegando sucesivamente á caballo, acompañados cada cual de una escolta, mas ó ménos numerosa, segun su importancia personal. El diputado se apea de su caballo, y sus palíkaros, magníficamente armados, van á agruparse á alguna distancia en el pequeño llano que rodea la sala. Ese llano presenta la imagen de un campamento ó de una caravana.

La actitud de esos diputados es marcial y soberbia; hablan sin confusion, sin interrumpirse, con acento conmovido, pero firme, mesurado y armo-